Sólo quedaba uno

Cuento por MANUEL ALONSO ALCALDE

Abraham dijo al Señor:
«¿Y si se hallaren diez justos destruirás la ciudad?»
A lo que respondió el Señor:
«No la destruiré por amor a los diez.»

(Gén., C.18, V.33)

SE llamaba Sergio, y era uno de esos tipos sin edad que un día representan cincuenta años y al otro se da uno cuenta de repente de que a lo mejor sólo acaban de cumplir los veinticinco. Vivía en la Ciudad Residencial, hoy casi despoblada, en una casa grande, de ladrillo, en una antigua casa grande que había sido destruida por las bombas durante la guerra y todavía conservaba un tramo de corredor y unas cuantas paredes que servían de refugio a gente como Sergio, desde que los potentados habían decidido empezar a construir sus chalets en la Barriada del Ensanche. La escalera del inmueble había desaparecido, y el tejado también, pero Sergio y la gente como Sergio habían improvisado un cielo raso a base de madera de cajones, trozos de chapa y retazos de uralita, y subían a su cuarto trepando por un montón de cascotes que había en la fachada, y lo llamaban su domicilio, con el mismo tono fatalista y resignado con que hubieran dicho «mi caverna» si en lugar de vivir en 1962 les hubiera tocado pertenecer al periodo cuaternario. A pesar de todo, Sergio no era lo que se llama un hombre triste. Hay gente infinitamente más triste que él por el mundo, personas que no sonríen nunca; en cambio, Sergio llevaba siempre una sonrisa colgada de los labios. Tenía los dientes ennegrecidos por causa de la nicotina, ya que no se quitaba el cigarro de la boca, a pesar de lo cual apenas reparaba nadie de esta circunstancia, puesto que lo que uno veía sonreír en Sergio no eran los dientes, sino el alma.

Un día, el profesor Gaitán, auxiliar de Neuropsiquiatría, joven de mucho porvenir, se tropezó con él por casualidad en la calle, y para no perder la ocasión, porque deseaba hacer méritos con vistas a sus próximas oposiciones a cátedra, le echó la zarpa encima y le condujo a la Facultad de Medicina, con idea de obsequiar con él a su maestro. A partir de entonces, el catedrático de la asignatura acostumbraba a llevar a Sergio a su clase, al menos un par de veces en cada curso, a fin de examinarle en presencia de sus alumnos.

—Aquí tienen ustedes un caso excepcional de «mongolismo»—explicaba— Los tipos «mongoloides», como ustedes saben muy bien, suelen morir jóvenes. Pero tampoco ignoran ustedes que en Medicina no hay enfermos y que, por tanto, no pueden establecerse reglas generales. Observen, por ejemplo, a este sujeto...

Etcétera, etc.

A continuación colocaba á Sergio de pie, a su lado, encima de su propia tarima, y le dirigía algunas preguntas, y mientras los estudiantes tomaban apuntes en sus cuadernos del resultado de la exploración, Sergio contemplaba a los muchachos con su mirada húmeda e inocente, haciendo gestos maquinales, mostrando una lengua gorda que apenas le cabía en la boca y profiriendo extrañas palabras o gritos inarticulados; después, el profesor pasaba ante él algunas láminas para observar sus reacciones, y por último ponía en marcha un tocadiscos portátil.

—Los casos de «mongolismo» suelen ir acompañados de una extraordinaria inclinación hacia la música—advertía. Y así, gracias a Sergio, los muchachos podían anotar en sus libretas: «El enfermo acerca el oído a la gramola con expresión de sorpresa, duda unos segundos y, por fin, se abandona a la audición musical, completamente ajeno, al parecer, a todo cuanto le rodea.»

Al terminar la clase el profesor gratificaba a Sergio con unas amistosas palmadas en el hombro y se lo confiaba a Gaitán, quien lo sacaba fuera, llenándole los bolsillos de tabaco.

Sergio no tenía trabajo fijo ni tampoco lo deseaba. ¿Desean los oscuros animalitos, caballos, asnos, bueyes, que alguien les proporcione alguna ocupación? Pues lo mismo. Las Damas de la Alianza Caritativa, que recorrían los barrios humildes, preguntaban alguna vez al cruzarse con él en el suburbio:

—¿Quién es ése?

Y cuando alguien les respondía: «Un loco», ellas se ponían en guardia, un poco asustadas, porque procedían de un mundo desprovisto de riesgos, donde había policías, manicomios y cárceles, cosas, ya se sabe, con las que no siempre se puede contar en un barrio del extrarradio; claro que un momento después, al enterarse de que Sergio era completamente inofensivo, le regalaban un suéter y lo recomendaban a alguna institución benéfica para que lo emplease en vender lotería y cupones; sólo que al día siguiente Sergio había abandonado ya su colocación, puesto que realmente no la necesitaba: él vivía con nada; sonreía y vivía; si le proporcionaban un plato de patatas cocidas en alguna casa, comía, y si no, no; pero, desde luego, seguía viviendo.

Los vecinos de la Ciudad Residencial solían divertirse a costa suya. Cuando alguno de ellos le llamaba, él acudía dócilmente, y si le pedían que cantase, cantaba. A veces le alargaban una petaca para verle liar un cigarro con sus dedos torpes de loco,

le daban vino para que se emborrachase y reírse o cosas por el estilo; pero Sergio no se molestaba por eso; al contrario, él miraba sin malicia a la gente y la veía tal como es, sin que le preocupasen la maldad, la desesperación y el egoísmo que llevan las personas por dentro, sino su sufrimiento, y era por esta causa por lo que sentía lástima de los demás en lugar de sentirla de sí mismo, y andaba por ahí sonriendo continuamente a todo el mundo. Los locos son así de especiales.

«Ayer noche, nuestra capital se vió sorprendida por un violento temblor de tierra de treinta segundos de duración. El observatorio del Ebro, con el que la Redacción de este diario se puso inmediatamente al habla, nos comunicó que la intensidad del seísmo fué muy considerable, por lo que resulta realmente milagroso que no se hayan registrado no sólo derrumbamientos, sino ni siquiera fallas, agrietamientos u otras perturbaciones de esta clase. A raíz de registrarse el fenómeno nos pusimos en estado de alerta para contestar a cuantas llamadas telefónicas nos hicieran en demanda de información, pero por extraño que ello resulte, no hubo una sola persona que acudiera con tal fin a nosotros; esto permite suponer que, quizá debido a la hora en que tuvo lugar el temblor pasó éste prácticamente inadvertido para la población en general, lo que no deja de ser una afortunada circunstancia, pues con ello se evitaron innecesarias alarmas. La sombra de una catástrofe de gigantescas proporciones se ha cernido durante medio minuto sobre nuestra urbe, pero gracias al cielo el peligro ha pasado por completo. Dios, en su infinita misericordia, ha querido compadecerse de nosotros, privándonos del dantesco espectáculo de una ciudad en ruinas, con la consiguiente secuela de lágrimas, tragedias y lutos...»

En la misma casa que Sergio, pared con pared con éste, ruina con ruina, se albergaba Gayoso, un viejo sin historia ni familia, que vino en alguna ocasión de alguna parte y allí continuaba desde entonces, muriéndose un poco cada día. Como en la actualidad los potentados edificaban sus chalets en la zona del ensanche y no en la Ciudad Residencial, como antes de la guerra, ya no había ninguna razón para que el cielo no se mostrase durante el invierno hosco y gris, puesto que al fin y al cabo que un viejo sin historia como Gayoso tiritase y tosiera debajo de la manta porque faltaban cristales en las ventanas no era cosa para quitarle el sueño a nadie. Sin embargo, como para él, para Gayoso, lo que más importancia tenía era su propia vida, Sergio subía a menudo a visitarle y lo encontraba metido en la cama, con las manos amoratadas y muriéndose a toda prisa; entonces, en cuanto se hacía cargo de la situación, empezaba a pedir por el viejo en su idioma de loco, y en seguida salía disparado de entre las nubes un rayo de sol, que se colaba dentro de la habitación por la ventana. Y el cuarto se templaba. Y el viejo dejaba de toser. Y se amodorraba.

«Un autobús de la línea urbana Mercado-San Antonio de nuestra ciudad ha recorrido a velocidad desenfrenada y casi lleno de viajeros, por rotura de los frenos y de la dirección, las calles más céntricas de la población, hasta terminar su trayecto en la Explanada de España. El vehículo, conducido por Mariano Martín Sierra, circulaba por la avenida de Santa Isabel con veintiocho viajeros; al llegar a la esquina de la plaza del Arco, en pendiente hacia abajo, el chófer advirtió que ni el cambio de velocidades ni los frenos funcionaban, por lo que en lugar de doblar hacia la calle del General Espino, que es su recorrido habitual, y dada la velocidad que ya llevaba, siguió por la calle de Bailén, cuesta abajo, mientras hacía sonar el claxon, y uno de los viajeros, que se había cerciorado del peligro, daba grandes golpes en la carrocería para advertir a las personas que por allí circulaban que se pusieran fuera del alcance del coche. Así, en una marcha que ha resultado casi milagrosa, sin víctimas y sin choques, pese a los numerosos vehículos estacionados a lo largo de su recorrido, el autobús siguió por toda la calle de Bailén, desembocó en la plaza de Miguel Angel, la más céntrica de la ciudad, donde cruzó el paso de peatones con luz roja, siguió hasta la explanada de España, subió al bordillo de la acera, chocó con un árbol, que arrancó de cuajo, y, finalmente, quedó detenido sobre el mismo paseo. Inmediatamente después, los viajeros, con el susto consiguiente, descendieron del autobús, y poco más tarde los bomberos procedieron a retirar de debajo de aquél el tronco del árbol que había derribado y a poner el coche otra vez en la calzada...»

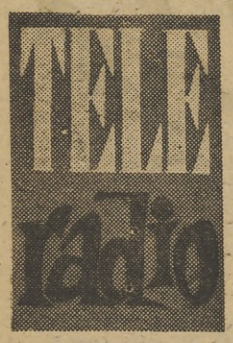
Sergio andaba por el barrio recogiendo colillas, enviando rayos de sol a viejos como Gayoso, hurgando con un palo en los montones de basura y sonriendo a la gente, a pesar de lo cual las personas apenas se fijaban en él. Veían pasar a un hombre con aspecto de mendigo, cabeza rapada, rostro de lapón y dientes negros, y no iban a ponerse a imaginar que un tipo como aquél pudiera tener alguna relación con el terremoto que no llegó a causar daños, el autobús que no se estrelló o el incendio que no se produjo.

«En la pasada noche, víspera de Reyes, se originó un conato de incendio en el departamento de empaquetado de los conocidos almacenes de juguetería Ferrer e Hijos, S. L. El suceso, por fortuna sin consecuencias, fué debido a un cortocircuito que se ocasionó por causas desconocidas en la instalación eléctrica del establecimiento. Advertido a tiempo el personal de la empresa, pudo, mediante el uso apropiado de los extintores y previa interrupción de la corriente, aislar rápidamente el fuego, que quedó sofocado en unos minutos con escasos daños materiales. Es de destacar la meritoria actuación de los empleados, quienes con su decisión, serenidad y arrojo evitaron que cundieran la alarma y el pánico entre el público que llenaba por completo el local, con las inevitables desgracias que esto hubiera acarreado sin duda...»

Sergio ponía su sonrisa continuamente al descubierto y, sin embargo, nadie reparaba en ella. Tampoco acostumbra la gente a volver la cabeza para seguir el paso de un perro callejero. Las señoras iban a Misa y al Rosario, y las Damas de la Alianza repartían bonos y jerseys en los barrios humildes, y unas y otras decían: «La misericordia de Dios es infinita», pero en el fondo unas y otras estaban convencidas de que precisamente eran ellas quienes con su piedad constituían el pararrayos de la ira divina. Al menos así interpretan el sermón que acababa de predicar don Fulgencio, el penitenciario de la Catedral: «Si Dios se apiada todavía de esta Humanidad pecadora y perversa, pese a la inmoralidad que hoy reina en el mundo—había dicho—, no se debe a otra cosa que a ese puñado de justos que oran todavía en silencio, que todavía practican la caridad cristiana y hacen todavía de la virtud el único objeto de sus vidas.»

Pero de Sergio no se acordaba nadie...

MAS DE 50.000 SUSCRIPTORES ACREDITAN EL INTERES DE LA REVISTA SEMANAL DE T. V. E. - R. N. E.



- ENTREVISTAS Y REPORTAJES
- CRITICA Y CONSULTORIOS
- QUINCE CORRESPONSALES EN EL EXTRANJERO
- CATORCE PAGINAS EXCLUSIVAS DEDICADAS A LOS PROGRAMAS DE TELEVISION ESPAÑOLA CON AMPLIOS COMPLEMENTOS

SUSCRIPCION ANUAL: 300 PTAS.
NUMERO SUELTO: 10 PTAS.
MADRID APARTADO 19.056 — BARCELONA Paseo de Gracia, 1

ARTICULOS, CRONICAS E INFORMACIONES SOBRE LETRAS Y ARTE

La ESTAFETA LITERARIA

A LA VENTA EN TODOS LOS QUIOSCOS